casos cultivadores, y por tal razón el libro que con el título de *El infierno azul* acaba de dar a la estampa Vicente Noguera Corredor —joven escritor tan discreto como excepcionalmente capacitado por su extenso contacto con el medio saxoamericano y europeo— constituye una afortunada contribución al estudio de esa comarca misteriosa y funambulesca, poblada por la ronda fantasmal de los estupefacientes. La novela de Noguera Corredor tiene su desarrollo en París, sede de todas las experiencias disolventes de carácter contradictorio, y en la intriga del romance se destacan atisbos de fina penetración psicológica. En el estilo del autor destellan rasgos seguros de sincera vocación literaria, no ajena a recursos de sensibilidad poética perceptiblemente romántica. En esta combinación de elementos adviértese cierta conformación espiritual levemente divorciada de la crudeza realista que preside por lo común esta clase de argumentos.

Noguera Corredor, que es un hombre de trabajo, fecundo y práctico, conocido ya en los medios periodísticos por sus acertadas acotaciones “urbanísticas” en las columnas de “El Espectador”, ha realizado con este libro un esfuerzo de noble categoría intelectual, ya que sus derivaciones de orden patriótico y moral dan a la novela cierto atractivo de romance delicado y de salud mental digna de elogio, en nuestro ambiente precozmente saturado por el pernicioso influjo de la decadencia europea.

GUILLERMO MANRIQUE TERÁN,
Bogotá.

El indio en la poesía de América, AIDA COMETTA MANZONI.—Buenos Aires, Joaquín Torres, Editor, 1939.

Aída Cometta Manzoni, con su libro *El indio en la poesía de América*, ha entrado en el grupo de quienes, desechando empresas literarias de más brillo, se aplican generosamente al estudio de nuestros orígenes y peripecias literarias, clave interpretativa de nuestras actitudes diversas en el tiempo. Como me decía hace poco Arturo Torres-Rioseco, entre todos llegaremos algún día a escribir la Historia literaria de Hispanoamérica. Los que vamos por ese camino, no podemos menos que dar la bienvenida a la recién graduada de la Universidad de Buenos Aires.

Leí con interés vivísimo y minucioso análisis este libro, que trata el mismo tema estudiado por mí en la novela romántica hispanoamericana, para optar el grado de Doctor en la Universidad Nacional de México. (Ver: *La*

novela indianista de Hispanoamérica (1832-1889), Madrid, Hernando, 1934). Espero revisar muchos detalles de ese libro alguna vez. El de la señorita Cometta Manzoni es, hasta los capítulos en que estudia el tema en las épocas modernista y contemporánea, una ampliación —con riquísimo acopio de autores, y, en algunos casos, como el de Juan de Castellanos, con más completo desmenuzamiento de actitudes y detalles— de los primeros cuatro capítulos de mi libro. Esos capítulos estudian la literatura de la Conquista, la colonial, la de la Revolución, y la romántica hasta 1846, en que el tema se incorpora a la novela. Se trata de una síntesis que sólo incluye las figuras más importantes en el estudio de los orígenes de la novela indianista. Pero lo sintético no debe confundirse con lo rápido, como a veces ocurre: representa, en mi caso, el fruto de tres años de lecturas asiduas.

La autora aprovechó, además, las conclusiones de mi investigación sobre Marmontel y Chateaubriand en Hispanoamérica, así como otras partes de *La novela indianista*, tales como la ordenación de algunos grupos de autores y los datos sobre poetas como el mexicano Roa Bárcena y el cubano Juan Miguel Losada. Rectifica por otra parte las fechas de nacimiento o muerte de otros poetas.

Al terminar su prolongado viaje de paciencia a través de la intrincada y rara vez valiosa muchedumbre de ejemplos, donde asoman, como islas bienaventuradas, Salomé Ureña de Henríquez, Zorrilla de San Martín y José Joaquín Pérez, la autora de *El indio en la poesía de América española* llega a las mismas conclusiones a que llegué en 1934: Las Casas idealiza al indio e introduce la actitud filantrópica ante él; Castellanos lo presenta de manera realista — con prosaísmo tan absoluto, añadiría yo, que malogra las intenciones de defensa anotadas por la señorita Cometta Manzoni. El indio de Ercilla es el guerrero valiente; las mujeres ercillanas —verdadera creación de Ercilla— sentimentales, irrealistas; el indio de la literatura de la Revolución fué sólo motivo de propaganda patriótica; contrahecho a la manera de Chateaubriand o realista a lo Centenera en los autores románticos. En los cuales, salvo los tres poetas ya citados, y los novelistas Manuel de Jesús Galván y Juan León Mera, no puede hablarse nunca de "evocación artística", sino de evocación dulzona o melodramática. Coincide también la autora con mis conclusiones al señalar el comienzo de la literatura de reivindicación social, el advenimiento del "indio problema" de Luis Alberto Sánchez, hacia 1879 en González Prada y poco después en Clorinda Matto de Turner.

Pienso que si se escribe alguna vez *El indio en el drama de la América española*, las conclusiones serían idénticas a las apuntadas. Los futuros in-

vestigadores de la literatura indianista tendrán que buscar ante todo los valores artísticos, cobertura de la profundidad psicológica o el dramatismo social que el artista haya logrado. Porque ya no merecerá la atención del crítico la producción mediocre estudiada antes por razón histórica o aclaratoria de problemas de literatura comparada.

La novedad del libro de la señorita Cometta Manzoni son los últimos dos capítulos: "El indio en el período modernista" y "El indio en el período Indoamericano o nacional". Con exactitud señala cómo el indio del Modernismo, particularmente el de Darío, fué un exotismo más entre los japonesismos de Julián del Casal, los *Camellos* de Guillermo Valencia y las evocaciones escandinavas de Jaimes Freyre. En Santos Chocano aparece la misma actitud en un escenario más vasto: el indio es aquí "recurso valioso para elaborar sus más bellas composiciones, como el español de la colonia lo usó para extraer el oro de sus minas".

En este momento la obra de Ricardo Rojas es excepcional por su penetración psicológica y su cuajada expresión artística.

El período "Indoamericano" o "Nacional" estudia la poesía indianista desde el Modernismo hasta nuestro tiempo. Señala a los rezagados en la actitud romántica; la hondura psicológica o el anhelo de justicia social de los principales cultivadores del indianismo de hoy; la aspiración, en suma, como quiere Moisés Sáenz, de integrar al indio en la vida de las nacionalidades donde su presencia y su dolor no pueden evadirse ya con mera literatura.

Lo enojoso del menejter en lo que a mí se refiere, pues nunca escribo crítica de este género, me impide señalar un número bastante crecido de detalles que podrían enmendarse en una tesis reveladora de meritorio esfuerzo. Puntualizaré solamente algunos de los más visibles.

La señorita Cometta Manzoni afirma que los escritores de la Conquista se sienten inspirados por el paisaje nuevo (p. 17). Sabemos que los cronistas y poetas de entonces y hasta la época romántica, no vieron el *paisaje*, es decir, la naturaleza de América, como conjunto artístico. Se limitaron a describir la flora y la fauna siempre de manera enumerativa, salvo en contadísimas excepciones como en aquella de Alonso de Ovalle, que nos dió, inspirado de veras, el paisaje andino.

No hacía falta, a mi ver, el estudio del indio en el teatro español del Siglo de Oro, en un trabajo sobre el indio en la poesía de América, sobre todo cuando tal investigación no aporta nada a los matices temáticos ni a las conclusiones de la autora.

En la página 261 se afirma que en *Trilce*, de César Vallejo, la protesta

por la explotación del indio "adquiere tono más agresivo" que en *Los heraldos negros*. En *Trilce* no hay protesta por la explotación del indio. Lo indio en *Trilce*, como señalé en mi ensayo "La literatura indianista en el Perú de hoy", se manifiesta como matiz psicológico del poeta mismo: melancolía, nostalgia por la ausencia de lo familiar o amargura profunda con que el orden social vigente anegó el alma del artista. En cambio, en *Los heraldos negros* aquel arriero "vidriado de sudor", esclavo en la hacienda Menocucho, es protesta social entrañable.

La autora quisiera, además, como indica comentando *El Kollao* de Alejandro Peralta, que los poetas "señalen la idea directriz, el camino por donde se ha de marchar para conseguir un mejoramiento social". El arte no puede convertirse en programa social y político. Eso toca a los sociólogos y legisladores. Lo más que puede hacer el arte es *commover* en el profundo sentido de la palabra, a la política y a la sociología, para que lo sean en limpia cabalidad.

El libro de Aída Cometta me ha hecho meditar sobre la confusión en las denominaciones aplicadas a nuestra América y a sus períodos literarios. La autora usa a veces en la misma página América Latina o Indoamérica (p. 10); otras veces América hispana o, como en el título de su obra, América española. En esos momentos no alude a los términos como matices de períodos literarios, que apunta más adelante al aceptar las ideas de Haya de la Torre.

Nadie, ni aún los más ardientes apristas, me sobrepasan en amor hacia Hispanoamérica. Ni en la dedicación de mi vida entera y de mis escasos medios materiales duramente ganados, al estudio directo de su literatura y de su actualidad. No obstante, el nombre "Indoamérica" me parece inadecuado. Pone como elemento dominante lo indio, lo cual no es exacto. El nombre América con que se bautizaron nuestras tierras incluye su habitante primero, el indio, así como su flora, su fauna, su aire y su luz. Indoamérica es redundancia perdonable por el celo americanista de los que se acogen a ese nombre. Latino América es igualmente inexacto, aunque la substancia de nuestra cultura sea latina. A mi ver, Hispanoamérica se aproxima más a la definición del conjunto de pueblos que en América hablan en español como Angloamérica lo es para los que hablan inglés. Lo cual no implica colonialismo alguno, sino aceptación de un hecho tan inevitable como la piel que nos cubre.

Lo mismo sucede con las denominaciones *indianista* e *indigenista*. La autora dice que la literatura indianista "se ocupa del indio en forma superficial sin compenetrarse de su problema". Mientras que la literatura

'indigenista' trata de "llegar a la realidad del indio, ponerse en contacto con él: considera el problema desde un punto de vista humano".

Mis amigos peruanos prefieren el término "indigenista" para la literatura indianista de hoy. Pero, ¿no sería más propio llamar a toda la literatura que de un modo u otro simpatiza con el indio, *indianista* y marcar sus varios matices a través del tiempo? En el mismo caso están *indígena* e *indio*. Yo me decidí hace tiempo por *indianista* contra *indigenista*, vocablo indeseable hasta por razón de eufonía.

En la denominación de los períodos literarios la señorita Comietta Manzoni combina la feliz clasificación de José Carlos Mariátegui: períodos colonial, cosmopolita, y nacional, con la de Haya de la Torre: períodos hispanoamericano, latinoamericano e indoamericano. Dice por ejemplo: Período indoamericano o nacional; período latinoamericano o cosmopolita. El uso simultáneo de dos nomenclaturas con la disyuntiva *o*, origina un sentido oscilante. Lo indoamericano no es estrictamente lo nacional, a menos que lo indio tome las significaciones que le dan Ricardo Rojas y Uriel García, y esta sutil semántica no será nunca comprendida por las mayorías. Lo latinoamericano no es estrictamente lo cosmopolita. La autora lo que hace aquí es acentuar la situación imprecisa de muchas de nuestras cosas fundamentales. Las denominaciones de Mariátegui me parecen más sensatas.

Debe cuidarse la autora de anotar las citas aunque estén incorporadas al texto, como sucede con las conclusiones del penúltimo párrafo de su libro, que son de Mariátegui y no se ha indicado así. (*Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, 1928, p. 252).

Encuentro en fin cierta desmesura en el uso del lenguaje, que la autora irá corrigiendo con el afinamiento cultural futuro. *Aborigenista*, *saxoamericano*, me parecen vocablos de mal gusto. Es sobrevalorar a versificadores muy medianos llamarles "poetas de alto vuelo". Y falta de estimativa justa llamar "seguro prestigio" a Narciso de Foxá, mi compatriota, cuyos versos son de escaso valor, y aplicar las mismas palabras a Ramón López Velarde, el poeta mexicano de calidad extraordinaria.

La señorita Cometta Manzoni ha realizado, a pesar de todo, una obra considerable de investigación y de americanismo. Si logró además, de manera permanente, las virtudes del genuino "scholar": orden, claridad, persistencia en el estudio, honradez intelectual y solidaridad cooperadora hacia sus colegas, su tesis lleva cumplidos los propósitos esenciales que todo trabajo de esa índole implica.

CONCHA MELÉNDEZ,

Universidad de Puerto Rico.